

1968, AÑO DE MASFERRER

ALBERTO MASFERRER

LEER Y ESCRIBIR



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

Portada de
ANTONIO FLORES HERNÁNDEZ

Dibujo de
CAMILO MINERO

Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

NOTA EDITORIAL

Cada obra de Alberto Masferrer¹ que ha sido incluida en la colección CUADERNOS, se escogió por el mensaje social y humano que es característico en ellas.

LEER Y ESCRIBIR, es todo un vaticinio de lo que ahora está acuñado con el nombre de Educación Fundamental. Sin embargo, su objetivo es más ambicioso, pues pretende formar al hombre para un mundo que reclama capacidad en todo orden de actividades.

Es muy posible que la brevedad de LEER Y ESCRIBIR no permita encontrar la fundamentación teórica tan solicitada por los especialistas. No obstante, esa fundamentación para ésta, como para todas sus obras, puede ser descubierta en otro libro del maestro: LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA².

Todavía no hemos podido evaluar cuántas de las ideas de Masferrer se han cristalizado en obras tangibles. Pero dentro

1 Alberto Masferrer nació en Tecapa (hoy Alegría), Departamento de Usulután, el 24 de julio de 1858, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

2 Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1963.

de ellas, queda mucho por convertirse en realidad. Y esto debe ser incentivo para un estudio integral de la obra masferreriana.

La Dirección de Publicaciones de la Dirección General de Cultura, con el presente volumen y con todos los de esta colección, quiere propiciar un estudio de tal naturaleza a fin de hacer un juicio más completo sobre su autor.

LEER Y ESCRIBIR

I

LA mitad de los salvadoreños no saben leer ni escribir.

De la otra mitad, la mayoría no lee nunca sino es una media docena de libros más dañosos que útiles, como el *Oráculo*, *Magia blanca* y otros semejantes. Así resulta que la población, en su mayor parte, se nutre con supersticiones, ideas gastadas, prejuicios y consejas.

El pueblo, crédulo e irreflexivo, es presa fácil de conductores egoístas o ineptos. Va de un ídolo a otro, como quien no ha sospechado nunca lo que es un verdadero dios: de un seductor a otro, como quien nunca oyera palabras de verdad, salidas del corazón de un hombre verdadero. Si se compara su desarrollo mental con el alcanzado por el pueblo en el Norte de Europa, se nota una diferencia que da lástima. A la par de aquéllos, nosotros somos unos desdichados, sin anhelos, sin personalidad, sin idea remota de lo que es vida libre; creídos de que la audacia puede suplirlo todo, que hablar mucho es saber mucho,

que la discordia es sociabilidad, que ya casi nada tenemos que aprender, que el dinero es creador de los más altos dones, y el poder, algo que está por encima de la justicia, de la ciencia y de la conducta.

Así es la atmósfera mental en que vivimos, y de la cual no podremos salir mientras la mayoría continúe incapaz de instruirse; y así habrá de continuar, mientras el libro, que en la época actual es un instrumento indispensable de cultura, sea para ella inaccesible.

II

Tal como la vida se halla organizada en nuestros tiempos, un pueblo analfabeto será, sin remedio, el esclavo de un grupo de perversos de su propio suelo, o la presa fácil de cualquiera nación poderosa que desee absorberlo o dominarlo.

Porque el saber confiere a los hombres poderes inmensos: el hombre que sabe, si tiene además resolución y constancia, está siempre en capacidad de dominar al que no sabe. El ignorante es fatalmente la víctima, el esclavo del hombre instruido. Si no hay en éste una gran bondad, acabará siempre por explotar o tiranizar a los ignorantes que le rodean, y éstos, aunque hayan

sido engañados y explotados cien veces, caerán de nuevo en las redes de aquéllos. Porque es imposible que el ciego vea mientras no deje de ser ciego; y el ignorante es un ciego.

Lo mismo que se dice de los individuos cabe decir de las naciones. Pensar que una nación de ignorantes va a librarse de una nación culta, si ésta quiere someterla a su influencia o dominarla, es como pensar que en la lucha entre un ciego y un hombre que ve, las ventajas pueden estar de parte del ciego. En realidad, no hay otro destino para un pueblo ignorante, que el despotismo adentro y la dominación afuera.

III

La empleada de oficina, la vendedora de almacén, el mozo de café, el obrero y hasta la camarera, de una gran ciudad del norte de Europa, piensan más, por lo general, reflexionan más y tienen mayor aptitud para juzgar de los acontecimientos y de los hombres, que muchas gentes de las que entre nosotros pasan por instruidas y se creen aptas para dirigirnos.

Y es natural que sea así, porque en Europa los conocimientos no se estancan sino que circulan sin cesar, como las corrientes marinas.

Las conferencias populares, los diarios, las revistas, las escuelas de todo género, los libros, los museos, los jardines zoológicos, la biblioteca a domicilio, los centros de lectura, las universidades ambulantes, forman una red viviente por donde las nociones, las ideas, los descubrimientos, los sistemas, se transmiten con la velocidad de la chispa eléctrica, de un extremo a otro y hasta los últimos confines del cuerpo social. Que un grupo de sabios se reúna en Estocolmo o en La Haya, a estudiar un problema cualquiera del mayor interés, sea de ciencias, de artes, de industria, de política, y al momento se sabrá hasta en las más pequeñas aldeas de Alemania, de Holanda, de Bélgica, de Dinamarca, qué pensaron, qué dijeron, qué resolvieron; y aunque no todo se asimile, queda siempre una buena porción de ideas y de hechos que se convierte en ciencia popular y que ya no saldrá de la circulación general. Y esta difusión resulta, simplemente, de que *todos saben y acostumbran leer*.

La prensa es ahí verdadero y universal transmisor de los sucesos y de los pensamientos. *Le Temps*, *The Times*, cualquier diario importante de Londres, de Berlín, de Amberes, de Bruselas, de París, contiene diariamente estudios a fondo sobre toda clase de cuestiones, y como los lectores de esos diarios se cuen-

tan por centenares de millar, aquellos estudios, fruto de las investigaciones de algún especialista que acaso gastara en ellas mucho tiempo, van en una mañana a impresionar el pensamiento de todo un país. Al día siguiente serán reproducidos en cinco o seis capitales de Europa, y en una semana los hombres de cinco o seis naciones habrán pensado sobre el mismo asunto, y una verdadera comunión espiritual se habrá operado entre ellos; gracias, no tanto a que se hallen unidos por el teléfono y el ferrocarril, como al hecho sencillo y fecundo *de que esos hombres saben leer y acostumbran leer.*

Entre tanto, nosotros vivimos allá separados unos de otros como por un abismo: el que piensa algo, el que aprende algo, se lo guarda, no sabe qué hacer con ello, porque no tiene medios para comunicarlos. Y como es una ley en todo que lo que no está en movimiento se arruina, esas ideas, esos conocimientos estancados, inertes, se oxidan, se petrifican y acaban por anquilosar el cerebro de sus poseedores. Ese flujo y reflujó de las ideas, de los conocimientos, de los juicios, de las opiniones, que es la condición primordial y constante de una extensa y viviente mentalidad, no existen entre nosotros. El espíritu de análisis, la crítica, que es a la cultura del entendimiento como la

máquina aventadora a la limpieza y selección del grano, es allá enteramente desconocida. El que encontró por ahí un retazo de idea, un sistema dislocado, una serie de fantaseos, se aferra a ellos, los enclava en su cerebro como nuevas columnas de Hércules, y se dice a sí mismo: no hay más allá. Pasarán años y más años sin que una contradicción hiera su espíritu, y cuando por fin se encuentre con ella, como no tiene el hábito de renovarse, de examinar, de rectificar, lejos de acogerla y estudiarla, verá en ella una cosa chocante, una extravagancia, una ofensa, a veces un delito.

Esas ideas estancadas suelen transformarse allá entre nosotros en un pernicioso ensimismamiento, al cual se le da el nombre de convicciones. Todo el que vive enamorado de sí mismo; todo el que se dejó sugestionar y fanatizar; todo el que se habituó a la pereza intelectual, se siente firme sobre lo que él llama *sus convicciones*. Y, naturalmente, el que está convencido, y cree que convicción y verdad son una misma cosa, no quiere perder su tiempo ni su esfuerzo en examinar lo que ya él sabe que es un error o una quimera.

Si esos terribles convencidos vivieran dos años en París, en Berlín, en cualquier gran centro de cultura, y se dieran el tra-

bajo de ver pasar, subir, caer, levantarse de nuevo y derrumbarse por fin las teorías, los sistemas, las doctrinas que parecían más firmes, aprenderían que las convicciones no tienen valor científico; que son, nada más, resortes morales; que todo hombre que piensa libremente, sabe que su convicción de hoy le parecerá mañana una tontería; que el único criterio racional y útil, es decirse a toda hora: yo estoy convencido de que esto es así, pero es probable que esté en un error. De consiguiente, apenas se ofrezca la ocasión de rectificar, la aprovecharé.

Y, precisamente, los hombres que proceden con este criterio son los únicos que no se dejan seducir de novedades y fantasías; los únicos que no se entusiasman antes de tiempo; los únicos que no opinan antes de estudiar; los únicos que sienten real y profundo respeto por la verdad; los únicos que pueden y merecen ser aceptados como guías intelectuales de las naciones. Tal manera de pensar proviene, en gran parte, del hábito de leer. El que lee, el que examina, el que ve pasar incesantemente los innumerables aspectos de cada idea y de cada hecho, aprende, siente que la verdad es sutil, delicada, aérea. Como una mariposa, vendrá por sí misma si la atraéis con los apacibles reflejos de la luz; huirá si queréis asirla con mano grosera y violenta.

IV

No faltan, no faltaron nunca entre nosotros, hombres generosos y bien inspirados que se esfuerzan por la cultura y la felicidad del país. Mas casi siempre, a vuelta de unos años de lucha, acaban por desalentarse, y se encierran en un triste aislamiento de donde nada puede ya sacarles. La idea más noble que concibieran, el proyecto más útil, la empresa más necesaria, fracasan por falta de atmósfera; porque no hay manera de hacerles prosélitos; porque no es posible llevarlos al conocimiento del pueblo, ni mover su entusiasmo en la vía de las realizaciones. Decepcionados, viven recordando sus propias derrotas, seguros de que *nada se puede hacer*, de que todo es inútil.

No habiendo procurado analizar la causa de sus constantes fracasos, no han llegado a darse cuenta de que ello consiste en que el pueblo, a causa de su extremada ignorancia, no participa jamás en ningún movimiento. Aun en las conmociones políticas, que es cuando más se cuenta con él, va como simple instrumento, por inercia, por costumbre de seguir a un caudillo, o arrastrado sólo por móviles mezquinos: por alcanzar honores o dinero. En el verdadero y fecundo sentido de la palabra, nuestro pueblo no *colabora* con los reformadores o propagandistas;

de tal manera que éstos se mueven siempre en un círculo vicioso y estrecho, llamando cada uno a las puertas herrumbradas del mismo reducido grupo de vencidos. Y como cada uno de éstos llora su propia derrota o tiene apenas aliento para soñar su propio sueño, resulta que el neófito, el último que aparece en la arena de los entusiasmados y de las reformas, luego se da cuenta de que está solo; de que aquellos pocos que le acompañan lo hacen, no más, por cortesía, o con la tibieza de quien no tiene ninguna esperanza en la victoria.

Por eso, porque el pueblo *no se posesiona*, no adquiere plena conciencia de ninguna reforma, es que allá todo se queda en germen, o se pudre sin haber dado fruto. Hasta empresas que al parecer no chocan con ningún obstáculo y que han encontrado el asentimiento de todos, yacen inertes, durmiendo al rumor de una palabra inútil, porque sus promotores no pueden encarnarlas en la conciencia del pueblo. Este oye decir, acata, obedece si se le obliga, y lo mismo sigue al adepto que al adversario, según el mayor poder que tiene cada uno: hoy al que lucha por darle alas, mañana a quien le rompe las alas de un tajo.

A este respecto sería muy instructiva la historia de los intentos de unificación de nuestros pueblos; aquella empresa que

tiene a todos por amigos, de la cual nadie se confiesa adversario, y que, sin embargo, tan irrealizable parece ya a sus más entusiastas adeptos, que no ven, para darle vida, otra esperanza que el sable sin gloria de algún mandarín aborrecido.

Harto más difíciles empresas eran las de unificar Alemania, Italia, Bélgica, y se realizaron sin embargo; porque los iniciadores, cuando no había *pueblo*, *lo hicieron*: antes de lanzarse al combate cuidaron de que los elementos de lucha adquirieran una conciencia, y así, en vez de conducir rebaños, condujeron hombres.

V

Ahondando un poco en estas cosas, no sería difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos, rodeados y seguidos de los hombres de mejor intención. Ardorosos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus intentos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes, y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar pres-

tigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos les llevaban a ser los servidores del desinterés y de la verdad.

¿Cómo podía ser de otro modo? Una mejora social, toda reforma que tiende a elevar la cultura y la felicidad del pueblo, no es ni más ni menos que una semilla, la cual, por escogida y vigorosa que sea, no dará fruto si se la siembra en un terreno estéril. Suponed, si queréis, que el sembrador sea el más cuidadoso y hábil en su oficio, y que con entera honradez deposite en la tierra la semilla que le confiasteis. Suponed todavía que la lluvia y el sol vinieron a punto, y que ni reptiles ni pájaros ni otros enemigos llegaron a robarla. Pero ¡ay! la semilla fue sembrada en la arena, y allí se pudrió de humedad, o se quemó del calor. Lo que es dar fruto, no lo dará por los siglos de los siglos.

Sembradores de ideas, el pueblo es el terreno de la siembra. Si es un arenal, si es una roca, si es una masa de ignorantes, inútiles serán vuestros afanes. Primero hay que abonarle, fertilizarle, darle capacidad receptiva; es decir, en nuestro caso, enseñarle a leer, *habituarse* a leer, acostumbrarle *a que no lea sin comprender*.

VI

En Europa, no tardará en desaparecer el hombre analfabeto. En los países del sur, que son los menos avanzados, los analfabetos están ya en minoría. El gobierno, el municipio, el clero, los particulares, todos se esfuerzan por que esa minoría decrezca, y de hecho, día por día es más pequeña. En Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Dinamarca, en Suecia, en Noruega, no los hay: acabaron hace ya tiempo. Los esfuerzos constantes, admirables por el método, la amplitud y la orientación, que ahora se hace en esos países en favor de la cultura popular, no son ya para extirpar el analfabetismo sino para que cada hombre, hasta el más pobre, hasta el más rudo, hasta el más degenerado, adquiera un caudal de conocimientos que agrande su horizonte mental.

Si se estudia la historia de ese fenómeno, se verá que ahí no hubo milagro de ninguna especie, que no hace aún mucho tiempo, medio siglo o tres cuartos de siglo a lo más, ahí también había analfabetos en gran número, y que su extinción fue obra realizada *entre todos*: que se pusieron *entre todos*, clero, municipios, gobiernos, asociaciones y particulares; ricos y pobres, nativos y extranjeros, pueblo y nobleza, hombres y mujeres, a trabajar en la obra común; a enseñar a leer y escribir, con

amor, con paciencia, penetrados de que eso era un deber, una necesidad, una obra de patriotismo. Quién dio su dinero, quién su trabajo personal, quién libros, quién locales y útiles. Fue tal el impulso, tan amplio, sostenido y entusiasta el esfuerzo, que aún hoy, en muchas ciudades del norte, los problemas escolares son de los que más preocupan a todos: la Prensa, el Ayuntamiento, el Parlamento, los Partidos, discuten constantemente cuestiones escolares. Tener el mayor número de escuelas, las mejores escuelas, se ha vuelto punto de honor, y no solamente de honor, sino de *defensa*, de seguridad nacional; pues en el norte es ya una verdad vulgar que el pueblo de mayor cultura será el más libre, el más independiente, el más rico, el más fuerte y el más feliz.

VII

Eso, en Europa, dirá alguno, pensando acaso que estos hombres son mucho más inteligentes que nosotros. Pues no es así; por lo menos, tratándose del europeo del norte, que es el hombre más civilizado del globo, no vacilo en decir que bajo ciertos aspectos mentales no es en manera alguna superior a nosotros. Para explicar bien esta afirmación, comencemos por descartar

la palabra *inteligente*, que es muy vaga, y abraza mucho. La imaginación, la comprensión, el análisis, la generalización, el talento, la memoria, todas esas son facultades intelectuales o mejor dicho, manifestaciones diversas de la inteligencia, que rara vez se encuentran juntas en un mismo individuo. Por cierto, nosotros hacemos de estas ideas una confusión lamentable; inteligente llamamos allá al que sabe hablar; al que hace el discurso más brillante y el brindis más bonito. Al que escribe el artículo más elocuente y los versos más impresionantes, a ése le otorgamos sin reserva ninguna el título de inteligente, y dejamos en la calle a los innumerables que ni hablan ni escriben, cuando muchas veces poseen las facultades más altas, las más altas de todas, que son el análisis y la generalización. Newton, que en los varios años que fue miembro de la Cámara de los Comunes no habló sino una sola vez, para indicar que cerraran una ventana, habría sido entre nosotros calificado de medianía, y ahí se hubiera quedado, aun después de encontrar las leyes de la atracción universal. Tonta y dañosa preocupación, que conduce a muchas injusticias y a muchos errores.

Inteligencia no quiere decir literatura, ni hay orden alguno de actividad humana al cual deba circunscribirse el concepto de

inteligencia. La ciencia, el arte, los oficios, la agricultura, el manejo de la casa, los trabajos más humildes y silenciosos, pueden ser y son igualmente el campo en que la inteligencia actúa, y a veces con más poder y eficacia en la faena más trivial de un artesano, que en las sonajeras habladurías de un orador y en las solemnes y vanas elucubraciones de un cientista.

Decía, pues, que bajo ciertos aspectos mentales, nosotros no somos, en manera alguna, inferiores a los europeos del norte: imaginación, comprensión, talento, a nosotros nos sobran. Véase si no cómo nuestros artesanos, nuestros hombres de letras y de ciencia, nuestros labradores, con escasísimos medios de instrucción, a veces sin ninguno, se elevan en sus producciones a un nivel que en Europa sólo se alcanza gracias a un arsenal enorme de medios de cultivo.

Y no sólo en esto llevamos la ventaja, sino también en las facilidades que la naturaleza nos presta: allá el clima es benigno, los frutos abundantes, la tierra pródiga, la vida fácil. Allá la raza y el clima dan hombres naturalmente sobrios, que sin mayor esfuerzo pueden hallar tiempo que emplear en su instrucción y en la ajena. Durante la mayor parte del año, nosotros podemos vivir al aire libre, estudiar bajo los árboles, observar la

naturaleza terrestre durante el día, y por las noches, aquellas noches únicas, estudiar nuestro cielo, el más sereno, el más límpido, el más estrellado, el más hermoso de la tierra.

No, no nos faltan ni inteligencia ni circunstancias propicias para instruirnos y para instruir a los demás. Lo que nos falta, en lo que esos hombres del norte nos son marcadamente superiores, es en *fraternidad*, en *solidaridad*. Nos han criado en el egoísmo, hemos crecido en él, lo hemos incrustado en nuestro espíritu como ideal de sabiduría, hemos hecho de él la regla por excelencia de nuestra vida práctica.

VIII

No hay sino recordar algunos de nuestros refranes populares, constantemente repetidos como dictados soberanos de la prudencia, para comprender hasta dónde el aislamiento y el egoísmo han llegado a penetrar en nuestras ideas y en nuestro concepto de la vida:

Las medias, ni de seda.

El que no sale, no tropieza.

Machete, estate en tu vaina.

El que no quiera ver visiones, que no ande de noche.
En boca cerrada, no entra mosca.
Cada uno para sí, y Dios para todos.

¿Cómo se traduce en los hechos este ideal de vida egoísta?

Sin contar la política, donde el odio, el encono, la venganza, el lenguaje acre, el interés de grupo tienen un campo de acción ilimitado; sin contar nuestra vida de provincia, tan monótona y estéril, a causa de que en cada pueblo cada familia no se trata sino con las tres o cuatro del mismo partido; sin contar nuestra avaricia que ha convertido la usura en trabajo lícito y honorable, bajo el disfraz de instituciones económicas, y hasta sin disfraz de ninguna clase; sin contar nuestra intolerancia religiosa que obliga a muchos a fingir creencias que no tienen, por evitarse enemistades y ojerizas; sin contar nuestro prurito de censura y de burla al que no viste, o se corta el pelo, o se calza, o anda, o habla, o escribe de conformidad con nuestro gusto; sin contar otras muchas manifestaciones semejantes, veamos si, por lo menos, en la vida netamente social, y donde la solidaridad es el único objeto, no hallamos vivas y amenazadoras las cabezas de esta hidra del egoísmo: Fundamos una socie-

dad cooperativa, un centro de estudios, una sociedad de socorros mutuos, una unión o como quiera llamársela, con cualquier fin desinteresado y altruista. ¿Qué es lo primero que se hace? Someter los estatutos a la aprobación del Gobierno, a fin de convertirlos en una ley con sanción oficial. Ninguno siente fe en que sus consocios sean capaces de cumplir voluntariamente el deber que se han impuesto a sí mismos. Se reconoce, pues, que aquella unión es ficticia, no real, puesto que no podrá vivir sobre el simple consentimiento de los asociados. Se invierte así la máxima de que la unión hace la fuerza, sin reflexionarlo, por supuesto, y se profesa la de que la fuerza hace la unión. Esto que digo no sólo cuenta para la mayoría de las asociaciones, sino para todas, aun las más desinteresadas, hasta para las que se ocupan exclusivamente en evocaciones espiritistas o en estudios literarios. Examinemos los estatutos, y no faltará jamás un artículo que trate de la *disolución de la sociedad*. Aún no se halla constituida ésta, y ya se da como hecho que se acabará pronto, y que hay que pensar en el entierro. Es decir, reconocemos nuestra incapacidad de vivir asociados por mucho tiempo, nuestra ineptitud para trabajar juntos, y sólo admitimos como seguro e inevitable, que luego nos hemos de separar.

Al organizar la Junta Directiva, habrá sin remedio un fiscal que *acuse*, que *pelee* en nombre de la sociedad; que litigue, que censure; es decir, se da como hecho que la sociedad atacará y será atacada; que en su seno habrá disensiones, y que tendrá que defenderse de sus propios miembros.

El capítulo que trata *de las penas*, habla siempre de socios que serán multados, reprendidos, *expulsados*, y prevé y reglamenta los trámites y la forma de la expulsión. La cual viene, inevitablemente, después de algún tiempo, con más o menos escándalo, ocasionando siempre un cisma, y yéndose los expulsados con todo su partido, a ver cómo se vengan de los expulsadores.

Por lo general, los socios prestan juramento de cumplir las atribuciones que les marcan los estatutos, y entre las cosas que prometen solemnemente, figura *la de no trabajar contra la asociación*; como si ésta previera en cada uno de sus miembros un enemigo, y tratara de conjurar sus ataques.

Si la asociación tuvo suerte y no murió antes de inaugurarse, lo cual es muy raro, al cabo de unos años la veremos *peleando* con otra sociedad de igual índole, que persigue exactamente los mismos fines: peleando con tal encarnizamiento, que no pa-

rece sino que una y otra al constituirse, no hubieran buscado otro objetivo que la discordia.

En suma, guerra intestina y guerra exterior; trabajo infecundo, escuelas de pesimismo, de donde los más entusiastas, los mejor intencionados salen enfermos, escépticos, a encerrarse en su casa, a practicar y a propagar *que no hay que meterse con nadie para que nadie se meta con uno.*

Así es como nosotros entendemos y practicamos la sociabilidad, y por eso, y no más que por eso, vivimos en la semibarbarie y en la tiranía. Ahí está la raíz central de nuestro atraso, de nuestra vida de opresión, de que nos exploten los aventureros, de que nos menosprecien y nos ultrajen los otros países; de que nuestro comercio y nuestra industria enriquezca a las gentes hábiles que llegan a vivir entre nosotros, mientras nosotros vivimos siempre vegetando en una pobreza vecina a la miseria. Y por eso, porque somos egoístas, porque no comprendemos la solidaridad, acabarán con nosotros, cualquier día, los Estados Unidos o cualquier nación europea, de estas ávidas de territorios o de mercados.

Yo sé que esto que digo es doloroso y causará enojo a muchos. Pero no lo diría si creyera que ese era un mal sin remedio.

El pesimismo, el lloriquear y maldecir sin tregua del propio país y de la propia raza, es la tarea más ingrata, estéril e inmoral de todas, porque no sólo no ayuda a curar al enfermo sino que le deprime, desalienta y le impulsa a reconocer en la enfermedad un estado normal. “A nadie —dice Carlyle— le está bien quejarse de su país ni de su tiempo: si éstos no son buenos, ahí está él para mejorarlos, y si no se siente capaz de hacerlo, mejor será para él y para todos que permanezca silencioso”.

Ahora bien, yo creo, yo sé que la cura de éste, como de cualquier otro mal, exige, en primer lugar, que el enfermo sepa que está enfermo y que conozca su enfermedad. Y sé además, que si no está en la mano de un hombre o de un pueblo el volverse inteligente, o hermoso, o de grande estatura, o de color diverso a sí propio, si está en su mano el volverse desinteresado y fraternal. El avanzar en la bondad no estriba, gracias a Dios, ni en el clima, ni en la raza, ni en el idioma, ni en circunstancia alguna de naturaleza material, sino simplemente en querer. Es un asunto de aspiración y nada más. . .

IX

Enseñar a leer y escribir es, a mi juicio, una de las necesi-

dades más urgentes de las nuestras, y un trabajo que daría ocupación noble y grata a los muchos que entre nosotros no saben qué empleo dar a sus fuerzas. En efecto, es sabido que en nuestro país mucha gente de generosas intenciones, rica o instruida no sabe qué hacer con su dinero ni con sus luces; vive una vida llena de tedio, roída por el ocio, esterilizada por el pesimismo. ¿Qué pueden hacer? La política y las discusiones religiosas no tienen incentivo por mucho tiempo. ¿Las ciencias? Ni su estudio ni su difusión están organizados de manera que puedan ocupar sino a unos pocos, y sólo de aquellos que tienen vocación muy marcada. ¿El arte? Fuera de hacer versos llorones o eróticos, todavía no se nos ha revelado en ninguna de las manifestaciones que alcanza en las sociedades adelantadas. Queda la beneficencia, de la cual apenas conocemos las formas más rudimentarias: dar limosnas y visitar enfermos; formas que son insuficientes, por supuesto, porque las necesidades de los hombres son mucho más amplias; porque el dolor y la miseria humanos no se vencen con sólo pan y medicinas, sino que hay que curarlos en infinitas formas.

Si venimos a ver lo que pasa, por ejemplo, en una ciudad de Bélgica en materia de beneficencia, hallaremos cosas que

nunca hemos soñado. A más del Asilo de Huérfanos, del Instituto de Sordomudos, del Hospital, del Asilo de Ancianos, de la Sala Cuna, del Asilo de Noche, del Bocado de Pan, de la Gota de Leche, del Sanatorio de Tuberculosos, encontraremos, por ejemplo en Amberes, cantinas maternas que alimentan a las mujeres encinta, gratuitamente, dos meses antes y uno después del alumbramiento, a fin de que el niño nazca y crezca robusto y sano; la Sopa Escolar, que mantiene llenas las escuelas, pues los niños de la gente más pobre son los más interesados en llegar a ellas; el Kindergarten, donde millares de niños de sirvientes y obreros pasan el día y toman un excelente almuerzo, mientras las madres van a su trabajo; colonias escolares, donde cada año van centenares de muchachos débiles y enfermizos, a reponerse con aire puro y buena comida; el Monte de Piedad, que da dinero al 8% anual, y que guarda las prendas veintiséis meses para que los dueños las recojan; y cuando las vende, guarda el sobrante íntegro de la venta seis meses, para que lo reclamen aquéllos; la Obra de Vestuario Escolar, que viste año por año a millares de niños pobrecitos, a fin de que no dejen de asistir a la escuela; la colecta de *Le Matin* que sube de diez mil francos anuales, y que se emplea en comprar vestidos y zapatos a los

niños que salen convalecientes de los hospitales, a fin de que no recaigan enfermos a causa de la desnudez. La Sociedad Protectora de los Niños Mártires, que los defiende, los recoge y los educa. La Liga Social de Compradores, formada de las personas más ricas y encumbradas, que trabajan porque a los obreros y empleados de cada oficio se les pague un buen salario y se les dé el necesario descanso; la Sociedad para la Protección de Niños Anormales, que los educa en escuelas especiales y les enseña un oficio; la Casa del Trabajo, que proporciona inmediatamente ocupación al que la solicita, a fin de que no se vea obligado a pedir limosna; los puestos de socorro, en diversos puntos de la ciudad, para auxiliar a los heridos, golpeados, etc., etc., mientras llega el médico o se les lleva a un hospital; la Escuela Desmontable, que se arma como un circo y se lleva a los lugares más apartados de los centros educativos. durante algunos meses, a fin de que los niños de tales barrios puedan recibir instrucción; la Sociedad Protectora de los Jóvenes, que vigila a las muchachas que van del campo a la ciudad en busca de trabajo, las recibe en la estación, las instala, les busca empleo y las guarda de la seducción, y especialmente de los que ejercen la trata de blancas; los calentadores públicos, donde en

el invierno los pobres encuentran calor, un vaso de vino y un trozo de pan; las sociedades protectoras de los marineros, de inmigrantes sin trabajo, de extranjeros desvalidos; los cursos gratuitos en la Universidad Popular; en fin, cuanto pueda imaginarse para llenar las necesidades más variadas; y todo eso, con dinero de los particulares más bien que del gobierno o del municipio. Estos ayudan con algo a las asociaciones que más lo necesiten; pero la gran parte del trabajo y del dinero que se gasta en esas obras, viene de la colaboración voluntaria, constante, gustosa, de millares de ciudadanos. Estos se entusiasman, se enamoran de sus sociedades, y la obra realizada en común viene a ser un *ideal*, un vínculo que les une, un motivo para vivir y amar la vida.

Entretanto, ya se hizo entre nosotros refrán aquello de que en Centroamérica, el único ideal por que se puede luchar y morir es la causa unionista. Si es así, ¡ay de nosotros porque nación tan desdichada, donde los múltiples y grandes intereses humanos no mueven a nadie; donde el trabajo, la educación, la salud, la fuerza, todas las manifestaciones y necesidades de la vida son vistas como insignificantes; naciones tan infelices, digo, no tienen más porvenir que un próximo desaparecimiento!

Porque ahí donde el egoísmo es la regla, el aislamiento el método y el pesimismo el alma, la muerte ha de venir, inexorable, y no se alcanzaría a evitar con todos los gritos, protestas y discursos del universo.

Pero, a Dios gracias, no estamos tan enfermos como parece, ni el egoísmo es allá orgánico. Hay un error de orientación y nada más. Las generaciones actuales, creadas en la antigua superstición de que el gobierno es Dios, y la política el trabajo útil y noble por excelencia; mal informadas sobre cómo se lucha y se progresa en los pueblos cultos; ignorantes de lo que puede la asociación, porque todavía no conocen los *verdaderos* métodos para el trabajo en común, y porque las tiranías no han dejado desarrollarse el espíritu y la costumbre de la sociabilidad; y para decirlo de una vez, engañadas casi siempre, o mal conducidas por mentores que no perseguían fines desinteresados o que no tenían la preparación suficiente para conducirlos, se están ahí, inertes, descorazonadas, viendo llegar un peligro que juzgan inminente, en vez de ponerse a la obra de *hacer un pueblo* que responda a las exigencias de la vida contemporánea. No es corazón e inteligencia lo que nos falta, no es capacidad de trabajo ni de sacrificio, sino método, orientación, sistema. Nos-

otros *podemos, debemos* hacer lo que han hecho los pueblos del norte de Europa, lo que hace Chile, lo que ha hecho Estados Unidos, lo que han comenzado Italia y España: formar un pueblo de cultura homogénea, con aspiraciones comunes; forjar una nación en que los vínculos únicos no sean los recuerdos, la raza y el clima, sino la vida espiritual, el designio sistemado de *elevarse* por el esfuerzo *de todos para todos*.

Y en este camino, entiendo que lo primero que hemos de hacer es extirpar el analfabetismo; no fundar perezosamente hoy aquí, mañana por allá, una pobre escuela que da míseros frutos, sino enseñar a leer y escribir a todos, hasta a los ciegos y sordomudos, a fin de ponerles en aptitud de recibir la luz, de adquirir ideas, de comprender y de actuar.

X

La primera y ya grande ventaja que nos reportaría el acometer esa empresa, sería la de que tendríamos, *por primera vez en la historia*, un ideal común, generoso, fuerte y duradero, que vendría a *unirnos*, a vincularnos, a borrar tantos motivos de odio y separación que nos han dejado las luchas políticas y las rencillas religiosas.

Porque, nótese bien, nosotros no somos, no constituimos, todavía una patria. Error lamentable el de creer que la temperatura, el paisaje, la raza, el gobierno, ni aun el idioma, bastan para constituirla. De todos esos lazos, el de mayor potencia, que es el idioma, no basta, sin embargo, para que un grupo tan grande como se quiera de hombres, pueda formar una patria. Esta es sobre todo una creación moral, y su núcleo se encuentra en la comunidad de aspiraciones, sostenidas y perseguidas por el común esfuerzo. Ahí donde los hombres, sea cual fuere su color, su origen, sus costumbres, persiguen un mismo fin, del cual han hecho el más alto objeto de su vida, y para alcanzarlo se avienen a trabajar, a sufrir, a ayudarse, a sostenerse, a tolerarse, a confraternizar, ahí hay una patria o se halla en capacidad de nacer. Mientras que la simple aglomeración de gentes sin ideales comunes, sin aspiraciones profundas que les vinculen y sostengan, así sea de hombres que parezcan todos gemelos por la estructura física, y coman, beban, se muevan, duerman y en todo vivan como si fueran infinitos ejemplares de un mismo tipo; éstos, digo, no tienen cohesión, no son patria; son cosa deleznable, que puede trozarse, como un árbol, como una piedra, como un bloque de arcilla, como un montón de are-

na. Esos son los pueblos de fácil conquista, a quienes un vecino poderoso despedaza, o absorbe sin trabajo, cuando bien se le antoja. Entre tanto, ahí donde hay verdadera patria, donde un pueblo vive por y para una idea, la conquista no llega, o si llega, es como las olas cuando asaltan y cubren una roca, que luego reaparece fuerte e incontrastable. Ese es Israel, a quien nadie pudo jamás destruir; esa es Flandes, que subsistió a través de la dominación de Austria, de España, de Francia, de Holanda. Ese es el Transvaal, a quien Inglaterra, con todo su poder, no pudo subyugar sino en apariencia.

Decía que los salvadoreños, pocas veces, y cada vez por escaso tiempo, hemos sentido la fuerza, el ardor, la energía que provienen de un ideal común. Sin haber llegado a la infeliz situación de otros pueblos vecinos, donde la mitad de los habitantes se esfuerzan por dañar a la otra mitad, podemos decir que aún no hemos alcanzado la cohesión necesaria para constituir verdaderamente un pueblo. Avanzamos, gracias a Dios: ya se olvidó el sanmiguelismo, cuando San Miguel era la *ciudad* y lo demás el pueblo; ya se acabó el cacicazgo de Cojutepeque, cuando el capricho de un caudillo sublevaba las masas de indios y las lanzaba a la revuelta; ya casi está extinguido el santanis-

mo, cuyo lema era “que gobierne Santa Ana, y poco importa si hay libertad o tiranía”, ya no es más que un recuerdo aquel odio salvaje entre estudiantes y artesanos, cuando en San Salvador unos y otros debían andar siempre agrupados, a fin de no caer en emboscadas; ya no hay aquella tirria permanente entre *masones y conservadores*, que autorizaba todos los ataques, hasta la calumnia, la injuria, y el escarnio; ya no existe el insolente desprecio de militares a paisanos, y el menosprecio disimulado de paisanos a militares. Todo eso se fue, y podemos con justicia estar contentos de nuestro progreso en el camino de la fraternidad. Pero no basta; aún queda la separación profunda entre la clase campesina, indios los más, o semi-indios, que forman los tres cuartos de la población, y la otra cuarta parte de privilegiados, que vemos con la indiferencia más cruel y absurda la suerte de quienes son, podemos decirlo, el nervio del país, los que labran la tierra, y a quienes no volvemos los ojos sino en momentos de simulacros electorales, o cuando hay guerra, para que vayan a que los maten sin saber por qué. Nos imaginamos que el indio, el mestizo del campo, una vez que sacó su tarea, o crió la gallina, o nos vendió el haz de leña, o nos acarreó el maíz, si le pagamos, nada más merece. Si a más

de eso le vendemos *guaro* barato y le soterramos en la cárcel cada vez que el *guaro* le convierte en fiera, ya tiene de nosotros cuanto necesita. Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian, y el escollo en que se romperán, mientras subsista, todos nuestros esfuerzos por la civilización del país. Porque este país, tal como se halla ahora constituido, es un monstruo. Es algo como la antigua Esparta, donde un puñado de ciudadanos tenía a su cargo una inmensa cantidad de ilotas. La palabra es dura pero exacta. Y si no, aquí están los hechos: ahí, a las puertas de San Salvador, en San Marcos, Panchimalco y casi todos los pueblos circundantes, los pobladores, en su gran mayoría, son verdaderos parias, crasamente ignorantes, tan distanciados de la mentalidad capitalina, como un habitante de París puede hallarse respecto de un negro congolés; en Nahuizalco, pueblo de once mil indios, viven éstos en tal suciedad y abandono, como si fueran habitantes de la más apartada región de la Oceanía; en las grandes plantaciones de café, en tiempo de la corta y del beneficio, hombres y mujeres viven como animales, entregados a una promiscuidad tan grosera, como si en doscientas leguas en

contorno no hubiera trazas de civilización; en la casi totalidad de las poblaciones menores de seiscientos habitantes, es un hallazgo encontrar por toda lectura un almanaque de Bristol, y el Oráculo; en todas las aldeas, valles y caseríos y hasta en poblaciones de tercer orden la religión no es más que un tejido de supersticiones groseras: las gentes aprenden oraciones para curarse, el duende seduce a las muchachas, la siguanaba espanta a los caminantes, los hombres cortan hierbas mágicas y le sacan la piedra a las culebras, para vencer a sus enemigos; el credo, recitado al revés, es de una eficacia indiscutible; a los niños se les inspira el terror con los fantasmas; la cantárida, los huesos de *pocuyo*, los pelos de gato negro, las alas de murciélago, la flor del amate, cortada a media noche, son el arsenal favorito de los curanderos y hechiceros; en Talpa, al haber elecciones, las cuadrillas de *electores*, que no saben qué es elegir, para qué se elige, ni cómo se elige, se cogen a machetazos y se matan por docenas. Leyendo durante meses seguidos la crónica de los diarios en este año de 1913, he encontrado que el hecho frecuente, el suceso diario es el asesinato, el machetazo, el balazo; en cantidad tal, que si eso sucediera en Holanda, en Bélgica, en Suiza, países cuatro o cinco veces más poblados que el nuestro,

las familias emigrarían, aterrorizadas. La vida ordinaria del peón, tal como yo la he visto por más de diez años, se reduce a esto: de martes a sábado, *tarear*; el domingo, emborracharse, pegarle a la mujer, machetearse con los compañeros; el lunes ir a la cárcel y empeñarse por un mes de trabajo para pagar la multa. En caso de enfermedad, el indio, la india, mueren entre nosotros por falta de médico y de medicinas y por ignorar hasta las más triviales nociones de la higiene.

Y todo eso en un reducido territorio de treinta y cuatro mil kilómetros cuadrados; tan poblado, que bien puede considerarse como una sola y gran ciudad; donde la instrucción habría de circular de extremo a extremo, y no como ahora estancarse en la capital, y a lo sumo en tres o cuatro ciudades más.

De cierto, si de nuestro millón y doscientos mil habitantes entresacamos los que tienen una cultura media homogénea, no llegamos a los doscientos mil. El resto es masa, tinieblas. Es decir, que el país resulta, como ya dije, un monstruo: pequeña cabeza que vive en la luz sobre un cuerpo enorme que vive en la sombra. ¡Y con elementos así, se pretende tener libertades, respeto a la ley, salubridad, moralidad y cultura! . . .

En los dos años últimos, los salvadoreños han viajado mu-

cho por Europa; han andado por Suiza, Francia, Bélgica, Alemania, Holanda, Inglaterra, y algunos hasta por Suecia y por Noruega. Momentos ha habido en que, según mis cuentas, había en París doscientos de mis compatriotas. Había médicos, abogados, profesores, agricultores, comerciantes e industriales. Pues bien, que digan éstos, con la mano puesta en el corazón, que digan delante de Dios: después de lo que han visto, ¿creen que nuestro país esté siquiera a la mitad del camino que en Europa recorren los que se llaman pueblos cultos?

Y ese atraso lamentable, ¿en qué estriba sino en que sólo nos cuidamos de la cultura de unos pocos y descuidamos enteramente la de la inmensa mayoría?

¿Laboratorios? Bueno está. ¿Observatorios sísmicos? Muy bueno. Pero si un día vuelven los indios de Cojutepeque, como la otra vez, vean dónde entierran los instrumentos y las retortas, porque a los indios les enojan las cosas *inútiles*, y éstas no son de las que resisten a los machetazos.

Y en cuanto a elecciones, ya veis que los indios de Talpa saben votar con el machete, y que si son libres, cual lo fueron el año de 94, los comicios ilustres de Panchimalco abrumarán por el número y la unanimidad a los electores de San Salvador.

No, todo eso es majar en hierro frío: si no se comienza por el principio, inútil será como ha sido hasta ahora, cuanto se escriba y se legisle tendiente a organizarnos según el molde de los pueblos cultos. Y el principio es elevar el bajísimo nivel mental de la mayoría; para eso lo primero, enseñarles a leer y escribir.

Claro que en un país como éste, hay otras necesidades a cual más grandes y urgentes. Casi puede afirmarse que todo está por hacerse, y que a esas muchedumbres de campesinos ignorantes habrá que enseñarles muchas cosas: a no comer en el suelo ni con las manos, a lavarse la boca, a no tener piojos, a no quedar bien con la novia quemando un billete de banco, a no beberse tres vasos de aguardiente de una vez, a no asesinar por cincuenta pesos, a no dar de machetazos al buey de su enemigo, a no cortar el árbol del camino, porque sí; a no matar a pedradas a los zopilotes y a los sapos; para divertirse, a no sacar el revólver por todo y para todo, a no sentirse dioscecitos cuando se les nombra comandantes, a no colgar de los dedos, por orden superior, a no tener miedo del cantil y de la chinchintora, a saber que Dios no es un gran viejo de barba larga, y a que las reliquias y los escapularios no libran del infierno a quienes

los llevan, si al mismo tiempo son ladrones, asesinos y estupradores. Sí, todo eso y mucho más que eso habrá que enseñarle a nuestro millón de pobres ignorantes, si queremos hacer de ellos un pueblo. Mas como no se puede todo a un tiempo, y, como un último resultado, todas esas cosas han de basarse sobre un mayor desarrollo mental, vendremos siempre a la conclusión de que el principio ha de ser enseñarles a manejar el instrumento esencial y rudimentario de la cultura, que es el libro.

XI

En otras épocas los libros no eran indispensables, ni el saber leer condición necesaria para instruirse. Una organización social diferente, permitía que los conocimientos más importantes se transmitieran y se conservaran de viva voz. Así la historia se mantenía por la tradición, y las enseñanzas morales por medio de la predicación. Si a esto se añadían los viajes, ya casi estaba agotado el arsenal de la cultura. Mas ahora, todo ello ha sido substituido por el libro; predicar, no sabemos: por que el predicador verdadero ha de ser pobre, con pobreza total, voluntaria y gozosa, y la pobreza nos causa horror. Cuanto a los viajes,

son carísimos, requieren el estudio de varios idiomas, mucho tiempo y una cultura avanzada. A decir verdad, el viaje fue siempre un medio excepcional de instruirse, el último grado de una carrera. La tradición, que nos ha prestado inmensos servicios, dejó de ser necesaria el día en que se inventó la escritura, y fue superflua cuando se descubrió la imprenta. Actualmente sólo el predicador estaría en capacidad de ser un maestro eficaz, en estos países donde el libro no puede apenas ser utilizado. Mas ya sabemos que no hay predicadores. No los hay ni para el Evangelio, desconocido ahora hasta de los que pretenden profesar sus doctrinas. No los hay, no los tendremos, y es inútil hablar más del asunto.

Resta, pues, la lectura, como único medio de comunicación espiritual. Aquel a quien le enseñemos a leer, será, ni más ni menos, un esclavo redimido, uno a quien habremos dotado de un maravilloso poder, enseñándole a penetrar en los secretos de la naturaleza material y espiritual del mundo. De ahí en adelante, él será dueño de su destino, porque a voluntad podrá elevarse en la escala de la ciencia y del bien; no, como ahora, un desdichado hambriento que tiene al alcance de la mano el pan, mas no sabe distinguirlo de una piedra.

XII

¡Leer! . . . ¡qué fuente de mejoramiento y de goces! ¡Qué alivio cuando se está enfermo, contando las interminables horas de la convalecencia; qué fuerza en la tribulación, cuando parece que todo camino se ha cerrado; qué compañía en el destierro, en la prisión, o en la vida solitaria del campo; qué varita mágica para mostrarnos el secreto de las cosas y de los seres; qué llano sendero para visitar los países desconocidos; qué adivinación para entrar en el pensamiento de los hombres que más hondo pensaron; qué instantánea comunión con aquellos que fueron mártires de una noble causa, cuyos sentimientos y sacrificios repercuten en nuestro propio corazón; qué luminosa escala para subir desde el polvo hasta el cielo, viendo la real jerarquía de todas las criaturas; qué revelación de nuestro propio valer, que nos asienta sobre la verdad y nos hace sentir que somos libres, hermanos e iguales con todos los hombres. . . !

Un solo libro, una simple novela de Tolstoi, de Víctor Hugo, una fantasía de Julio Verne, un romance histórico de Dumas, encierran tesoros de pensamientos y de goces. La sola lectura de *Los Tres Mosqueteros* de Dumas, que he leído diez o quince veces, significa en mi vida haber triunfado del fastidio

y de la tristeza en muchas horas negras, en las cuales, sin esa grata compañía, me habría entregado quizá al traidor consuelo del vino.

En una aldea de ultralempa conocí a un hombre ya viejo, trabajador honrado, con numerosa familia, a quien su pobreza no le permitía diversiones costosas. Sabía leer, muy despacio, pues aprendió apenas los rudimentos de la lectura, y tenía por toda biblioteca *El Conde de Montecristo*, en tres grandes volúmenes con láminas, y esa era su mina. Todas sus horas libres leía su novela, que, naturalmente, cada vez comprendía y saboreaba más, y de sólo ese libro aquel aldeano había sacado sobre la sociedad y la vida una infinidad de ideas, de observaciones y de juicios, que hacían su conversación tan grata como la de un hombre educado. Este no es un caso singular. Son innumerables los hombres que no han leído sino uno o dos libros; desde los profetas hebreos que sólo se instruían en la Biblia, hasta el campesino ruso Bondaref, que aprendió a escribir a los sesenta años, no leyó nunca sino el Antiguo Testamento, y nos dejó un libro suyo, *El Trabajo*, que es una de las obras más grandes de los tiempos modernos.

Los hombres ilustres, los sabios, escritores, pensadores, que

no estuvieron en la universidad ni en los colegios, y que se instruyeron ellos solos, leyendo, son incontables. Porque toda ciencia está en los libros y en la vida, y el que sabe leer y observar, posee el secreto de la sabiduría.

XIII

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. ¡Qué terrible sentencia ésta y qué exacta para aplicarla a los analfabetos! Los libros, ahí están junto a ellos; van de mano en mano, enseñando, corrigiendo, desvaneciendo errores, consolando tristezas, ni más ni menos como la luz del sol que todo lo esclarece, vivifica y llena de hermosura. Pero a ellos, ¿qué? Son ciegos, y no irredimibles como hechos de naturaleza, sino curables, fácil, sencillamente curables. Sus ojos están cubiertos apenas por un velo; una simple nube les estorba mirar. Descorred ese velo, alejad de un soplo esa nube, y vuestro hermano verá y comprenderá; el mundo de la inteligencia le abrirá sus puertas, y aquel ignorante podrá tornarse un hombre, y quien le enseñó a ver, podrá decirle con justicia: “ve y anuncia que los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos caminan y los muertos resucitan”.

Lector, más de una vez mientras leías estas páginas habrás pensado, acaso: sí, así es, así es sin duda, pero yo no tengo la culpa sino el gobierno. ¿No coge cada año quince millones de pesos? ¿Por qué en vez de cañones, y palacios, y embajadas, y fiestas, no gasta en escuelas? Suya es la culpa y no nuestra.

Vamos a cuentas: en primer lugar, los impuestos que recoge el gobierno —la palabra misma, *impuesto*, lo está diciendo— no son voluntarios, sino forzosos. Pagamos, porque se nos obliga a pagar; no damos sino que se nos quita. Si mañana el gobierno dijera: pague cada uno lo que guste, y si no quiere no pague nada, con seguridad las rentas anuales no alcanzarían a la tercera parte de ahora. Por una o por otra razón, allá nos resistimos siempre a pagar los impuestos, no sólo al gobierno sino a los municipios. Es vieja la historia de San Salvador y demás ciudades, donde el Ayuntamiento anda siempre inventando un arbitrio para que los contribuyentes enteren lo que deben. Ahora bien, si yo, de mi bella gracia, voy donde alguno y le digo: tome usted para que lo gaste en la iglesia, con perfecto derecho le podré luego reclamar la debida inversión de mi donativo; pero si ese alguien me sale al camino y por fuerza me

quita lo que llevo, sería el colmo del candor que luego pretendiera yo disponer en qué, cómo y cuándo había de gastar lo que me quitara.

Así pues, el dinero que nos quita el gobierno, no tiene qué hacer en la cuestión. Si como invierte una parte en escuelas, no invirtiera un céntimo, el resultado sería el mismo: que nuestra voluntad no fue consultada; que no hemos *dado* nada, y mal podemos entonces exigir que se gaste conforme a nuestro gusto.

En segundo lugar, es una hipocresía decir que es el gobierno quien descuida la enseñanza primaria y no nosotros. Esa mentira, no por haberse vuelto crónica ha dejado de ser una mentira. Tema de discursos callejeros, cliché de artículos de diarios; eso es entre nosotros el pretendido afán de educar al pueblo en la escuela primaria. Pero la verdad es que jamás se ha hecho una revolución, entre tantas que se han hecho, porque un gobierno no pagaba el sueldo de los maestros; que en épocas en que el gobierno pagaba exactamente a militares, jueces, administradores de rentas y demás personal administrativo, a los maestros de escuela se les debía hasta catorce meses, y nadie, lo que se llama nadie, había escrito ni siquiera una carta para suplicar que se les pagara; que los ciudadanos ven

con la más perfecta indiferencia que la escuela se cierre, para dar la casa al inspector rural, y hasta al circo de volatineros; que jamás se ha formado una asociación para suplir su sueldo, a módico interés, a los maestros en caso de pago tardío, sino que aquéllos son siempre víctimas de los usureros más despiadados; que lejos de que el vecindario se cuide de que los muebles, libros y útiles de cada escuela se conserven lo más posible, el material desaparece constantemente, parte vendido por los mismos maestros, forzados de la necesidad, parte distraído por empleados de más categoría, que se llevan a sus casas cuanto les parece utilizable. La esfera, el mapa, el telurio, el diccionario, por casualidad quedan en la escuela: la regla es que vayan directamente a casa de quienes más pueden, y que los vecinos, no sólo no lo tienen a mal, sino que están dispuestos a imitarlo cuando les llegue su turno.

En justicia hemos de confesar que allá, cuando un gobierno hace algo por difundir la enseñanza primaria, lo hace porque él quiere; no porque nadie le fuerce a ello.

En tercer lugar, no es razón aquella de que pagamos impuestos, y que eso nos releva de toda obligación. En Francia, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Inglaterra, los ciudada-

nos pagan muchísimo más que nosotros, y allí también los gobiernos derrochan y malgastan, sin que a nadie se le ocurra que no debe por eso trabajar para la cultura del pueblo. Si a un ciudadano de San Salvador le gravaran con los impuestos que pesan sobre un ciudadano de Amberes, de París, de Génova, moriría gritando que le habían dejado en la calle, o se iría a una tierra vecina a preparar la revolución. En sólo un año el municipio de Amberes, que ya cobraba 27 millones de francos anuales, aumentó los impuestos de la ciudad en *un millón y medio de francos*, y ninguna de las numerosas asociaciones que sostienen escuelas, asilos y otros institutos benéficos, con su propio dinero, dejó de trabajar, ni se echó a la calle a decir que ya no podría continuarlo.

Los habitantes de esos países sufren tales cargas, que en justicia puede dudarse si trabajan únicamente para el fisco; y a pesar de eso, dan incesantemente su tiempo y su dinero, a la obra de beneficencia y de cultura popular.

Porque eso es para cada uno un deber, y de su cumplimiento no se considera relevado porque los que gobiernan sean locos o mal aconsejados.

Si bien se considera, la acción del gobierno, hasta en los

países más bien organizados, es de poco alcance siempre que se trate de una obra muy extensa y muy ramificada. El gobierno puede mucho en aquellas cosas que tiene a la mano, bajo su acción inmediata; pero desde que se pasa al terreno de las cosas complejas, la cultura primaria, verbigracia, el gobierno no puede mayor cosa.

Si los municipios y los particulares no desplegaran tanta iniciativa, la cultura de los países a que me he referido no existiría sino a medias. Esa impotencia del gobierno crece a medida que la centralización del poder es mayor, llegando al extremo ahí donde el gobierno es una tiranía franca. Es un ejemplo notable de lo dicho, el gobierno de Porfirio Díaz en México. Este hombre, a quien tantas gentes declararon estadista insigne y a quien sólo les faltó erigirle altares, no pudo en treinta años de gobierno absoluto cambiar en un ápice la ignorancia y las malas costumbres de las masas. Apenas dio la vuelta, el desorden, la rapiña, el bochinche surgieron otra vez, y ahí está México, tras de cinco años de revuelta, como si jamás hubiera conocido la paz y el trabajo.

No, no es lo mismo poner el pie sobre un pueblo y obligarle a estarse quieto, que enseñarle a que se esté quieto por su pro-

pia y consciente determinación. Oprimir es una cosa, educar es otra. Que los déspotas se contenten con hacer ferrocarriles, puentes, monumentos y otras creaciones meramente mecánicas, para las cuales no se necesita sino dinero. Mas el formar hombres, el conducir y elevar el alma de las gentes, el enseñar libertad y cultura, nunca estuvo, nunca estará a su alcance. Porque nadie puede dar lo que no tiene; porque, según el dicho de Jesús, no se cogen flores de los espinos, ni uvas de los cabrahigos.

XV

Así, pues, dejemos en paz a los gobiernos. Que el gobierno haga lo que pueda; que procure no estorbarnos, que no nos hostilice, y basta. Si a más de eso logra hacer algo, real y verdaderamente *hecho*, no *declamado* y puesto en el papel en forma de ley o decreto, entonces, gracias le sean dadas, y que la gloria guarde su nombre más allá de cien años.

Y dejemos también en paz las razones de conveniencia y de política, que de ningún modo son el móvil principal de nuestra propaganda. Era necesario hablar un poco a los que no quieren trabajar sino por la *Patria*, por la *Nación*, por el *Estado*. Necesi-

tamos la colaboración, por lo menos la benevolencia de todos, a fin de que la obra no se vea obstaculizada; y los hombres de la política son muy de temer cuando ven una idea con desconfianza o con enojo.

Pero a quienes deseamos verdaderamente convencer y persuadir, es a los hombres fraternales que ven en el perfeccionamiento de su prójimo la preferente ocupación de su vida, su aspiración más elevada.

Te hablamos a ti, hombre sencillo, quienquiera que seas; a ti, mujer sencilla, rica o pobre, culta o iletrada, sirvienta o patrona; a ti, niño de escuela y del colegio; a ti, obrero del campo o de la fábrica; a ti, caporal de la finca, conductor de la recua, jefe del almacén y del taller; a todos vosotros, innumerables gentes que tenéis por resumen de toda ciencia, por único lema de partido, por único sistema filosófico, la sentencia aquella que marca el mejor derrotero de la vida del hombre: “ama a tu prójimo”.

A tu prójimo, es decir, al que está próximo a ti, a todo aquel que de una u otra manera relaciona su vivir con el tuyo; a todo aquel sobre quien ejerces autoridad o influencia: tu criado, tu peón, tu amigo, tu discípulo, la mujer que te lava y aplancha, el

artesano que hace tus muebles o tu vestido, el basurero que limpia tu casa, el vecino de tu barrio, el habitante de tu aldea.

Ama a tu *prójimo*, trabaja por tu prójimo.

Y entre las necesidades de tu prójimo, hay dos que son la vida misma: a saber, el pan y la luz. Sin pan, no podemos vivir. Sin luz tampoco. La religión de Budha enseña que la ignorancia es la raíz de todos los males. Por ignorancia se asesina, se roba, se miente, se usurpa y se tiraniza. Dondequiera que encuentres envidia, odio, desesperación, servidumbre y despotismo, si escudriñas, encontrarás que hay ignorancia total o parcial. Desde el momento en que el hombre *comprende*, llega al *fondo de las cosas*, deja de hacer el mal.

Ahora bien, debemos a nuestros prójimos el pan y la verdad, y así como la mejor manera de satisfacer la primera necesidad es enseñarles a trabajar, la mejor manera de llenar la segunda es enseñarles a estudiar.

XVI

Si llega a tu puerta un hambriento, es seguro que le darás pan. Aunque no tengas más que lo indispensable para el día, le darás una parte, si ves que de veras padece hambre. Si el día

anterior los ladrones te robaron tu dinero, tus joyas, cuanto poseías de valor, y te dejaron arruinado, no por eso rehusarás a aquel hambriento el pedazo de pan que necesita.

Si el gobierno absorbió la mayor parte de tu trabajo con locas o excesivas contribuciones, de seguro no dirás al hambriento: ve donde el gobierno a que te alimente. Si tus vecinos son ricos, si rebalsan de oro, y no le quieren dar nada, no se te ocurrirá decirle: si ellos no te dan, yo mucho menos. Tampoco te detendrás a averiguar si aquel necesitado está en la miseria porque dilapidó su haber en la pereza o en el vicio. No, lo que seguramente harás, sin reflexionar, sin acordarte de los ladrones que te arruinaron, del gobierno que te extorsiona, ni del rico que tanto posee; lo que harás sencillamente, sin argucias, sin filosofías, será coger un pedazo de pan y dárselo al mendigo. ¿Por qué? Porque tu conciencia te ha enseñado que dar de comer al que tiene hambre, no es un principio filosófico, ni un deber social, ni un precepto político, sino una *obra de misericordia*, es decir, de algo que está por encima de la propiedad, de la política, de la filosofía y de la justicia; porque la voz que te dice *da*, no viene de los hombres ni del tiempo, sino de tu espíritu y de la Eternidad; no viene de las cosas sino de Dios.

Al mismo nivel que *dar de comer al que tiene hambre*, se halla entre las obras de misericordia la de *enseñar al que no sabe*. Porque una y otra satisfacen las dos primordiales necesidades del ser, que son conservar y perfeccionar la vida del cuerpo y la vida del espíritu. El hombre es un ser doble: materia y espíritu, vinculados de tal manera que todo acto del uno refluye e influye sobre el otro. Así que, cuando abandonas o descuidas el enseñar al que no sabe, cometes un pecado tan grande como si negaras el pan al que tiene hambre.

Y aquí tocamos con el lamentable yerro que cometes cuando abandonas en manos del gobierno el cuidado de la enseñanza. ¿Por qué no le confías también la iglesia? ¿De dónde has aprendido que el ejercicio de la caridad, de la piedad, es cosa que puede renunciarse en manos de representantes? La obligación tuya de dar de comer al que tiene hambre, de enseñar al que no sabe, de dar de beber al que tiene sed, es irrenunciable. Tu amigo, tu hermano, tu padre, tu propia madre no tienen derecho de eximirte de esas funciones. ¿Y había de tenerlo un gobierno? Tanto valdría decir que podemos confiar al gobierno el cuidado de amar a Dios por nosotros, de ser religioso por nosotros.

Verdad es que los que gobiernan, y especialmente los que sostienen su prestigio con la pluma y con la palabra, son propensos a creer que el que gobierna es dios o semidiós. Por eso han inventado multitud de teorías para convencer a los pueblos de que el Estado y sus representantes, poseen no sé qué derechos sin límites, no sé qué bondad y sabiduría supremas, que les permiten substituir con ventaja a los individuos hasta en las funciones más personales y más graves. Mas para un cristiano, y aun para todo creyente, no es posible colocar al Estado en vez de Dios, y entre amar a Dios sobre todas las cosas y someterse al Estado en todos los casos, preferirá el amor a Dios y cumplir él mismo sus mandamientos, directamente, y no confiarlos al Estado, que los cumple casi siempre muy mal o no los cumple de ninguna manera.

XVII

Conviene que concretemos bien este asunto, a fin de que la norma de nuestra conducta en lo relativo a dar el pan y la enseñanza quede perfecta y claramente determinada.

Supongamos que yo vivo en una aldea, que soy pobre y que

toda mi instrucción consiste en saber leer y escribir. Yo he notado que la escuela de niños de mi aldea pasa lo más del año cerrada, o que si está abierta es a cargo de maestros que por una u otra causa, no hacen adelantar a los muchachos. Además, hay bastantes adultos que no saben leer y escribir, entre ellos mi peón y mi criada. En el Diario Oficial he leído un artículo en que, entre muchas cosas que no entiendo, se dice que el gobierno, que “vela paternalmente por todos nosotros, en su incansable afán de progreso, piensa fundar escuelas hasta en los últimos caseríos; que a medida que las circunstancias del erario lo permitan, el maestro, ese apóstol, ese mártir ese. . . irá difundiendo la luz hasta en los últimos ámbitos del país; que tan pronto como otros ingentes y perentorios intereses no absorban su atención; que apenas haya cumplido con el imperioso deber de restablecer el crédito y asentar las finanzas sobre científicas bases, etc., etc., etc., entonces habrá escuelas para niños y grandes, conforme a los procedimientos más avanzados, etc., etc., etc.”

Le muestro el artículo a mi compadre Chico, hombre curioso y amigo de guardar papeles, y da la casualidad que en un diario de hace diez años que tiene en el asiento de su cofre, hay

otro artículo tan parecido al de hoy, que sin duda éste es hijo legítimo del primero. Mi compadre asegura que si tuviera tiempo de rebuscar hallaría otro artículo que, sin duda, es el abuelo del que acaba de aparecer.

Vamos los dos a tratar del caso con el doctor del pueblo, y éste nos afirma que “mientras el gobierno esté en manos de esos retrógrados, de esos conculcadores, de esos violadores de las leyes, etc., el pueblo yacerá en la ignorancia; que el único remedio es hacer la revolución y llevar a la presidencia al invicto, al eminente, al preclaro ciudadano F. de T. que está pronto a sacrificar su tranquilidad en aras de la patria, etc., etc.” Yo casi me avengo al parecer del doctor, pero el compadre Chico dice que lo vamos a pensar, y ya en la calle me dice que si no tengo memoria; que me acuerde que eso se decía hace cinco años para subir a X, hace diez años para trepar a N, y hace quince años para encaramar a Z. Vuelvo yo a mi casa, y reflexiono. Como no tengo ningún motivo para dudar de las excelentes intenciones del gobierno de hoy ni del que habrá cuando suba el candidato del doctor, ni del que hubo antes del que hay ahora, vengo a caer en la cuenta de que todos ellos desearon, desean y desearán instruir al pueblo y enseñar a todos a leer y a

escribir; solamente, que, puesto que no lo han hecho todavía, es sin duda porque la cosa les resulta a ellos muy difícil.

Esperar a que el erario se desahogue, que los otros imperiosos deberes se llenen, que el crédito se restablezca, que las finanzas se asienten y que las circunstancias permitan, es cosa grave. Ya van tres generaciones que se quedan sin aprender a leer y a escribir, esperando todas esas cosas, y la prudencia me aconseja buscar un camino más *derecho*, una vereda si es que no se puede andar por el camino real.

Una vereda . . .

De pronto me acuerdo que el Catecismo, al hablar de las obras de misericordia espiritual, dice: *La primera, enseñar al que no sabe* . . .

¡Loco de mí, que andaba buscando en la calle lo que tengo en mi casa; loco de mí, que andaba tras del gobierno y de la revolución y de la Economía Política y de no sé qué más, para que me hicieran tarde, mal o nunca lo que yo debo y puedo hacer pronto y bien hecho; loco de mí, que no veía que éste no es asunto de ámbitos, ni de finanzas, ni de bases, ni de circunstancias, sino obra de misericordia, que obliga a todo cristiano, en todo momento, con o sin ayuda de los demás!

A la obra, pues, a trabajar yo, por los que habitan en mi aldea, a enseñarles a leer y a escribir. Primero veré si los demás vecinos quieren que nos asociemos todos, para fundar una buena escuela donde buenos maestros enseñen a chicos y grandes; si no quieren, buscaré la ayuda de un grupo de amigos, a fin de que paguemos siquiera un buen maestro que enseñe a leer y a escribir; si no aceptan, le hablaré al compadre Chico para que entre los dos busquemos algún vecino o vecina que tenga tiempo, y les enseñe el silabario y a medio escribir a nuestras dos criadas y a nuestros peones. Y si aun el compadre Chico me deja solo, yo solo, a ratos y como pueda, les enseñaré a mis sirvientes lo que yo sé: a firmar y a medio leer; tal como di al hambriento lo único que tenía cuando me pidió limosna: un pedazo de pan.

De este modo, de aquí a un año, digamos de dos años, habrá dos personas más que sabrán leer y escribir, y yo habré cumplido sencillamente con mi deber, sin ámbitos, sin erario desahogado, sin revolución, sin finanzas científicas y sin embolismos.

Tal es la conducta que conviene a un cristiano en ese y en todos los casos en que su deber de trabajar por su prójimo le

mueve a la acción. Si el Estado quiere y puede ayudar, muy bien. Si no puede o no quiere, adelante cada uno con su acción personal.

XVIII

A decir verdad, ese perpetuo intervenir del Estado es funesto para la conciencia de los individuos, quienes se acostumbran poco a poco a no pensar, a no cuidarse de las cosas que más le importan. ¿Qué significa, por ejemplo, el hecho de que centenares de nuestras aldeas carezcan de una escuela, sino que hemos abdicado de nuestro carácter de hombres fraternales para convertirnos en simples piezas del mecanismo que llaman Estado? ¿Por qué no tiene cada población su escuela, su hospital y su hospicio, así como tiene su iglesia? Porque no hay fondos para sostenerlos. Pero si hay para el patio de gallos y para el estanco, no veo por qué no ha de haber para instruir a los analfabetos, para curar a los enfermos y para asilar a los huérfanos. Apenas habrá pueblo entre nosotros que no sostenga uno o dos estancos y su cancha de gallos. Y para sostenerlos, no sólo no le pedimos auxilio al gobierno, sino que le pagamos una contribución.

Si mañana el gobierno estableciera un impuesto sobre las iglesias, éstas seguirían abiertas, porque los fieles no querrían, por ahorrarse gastos, privarse de un templo adonde ir a celebrar su culto. Así también los fieles del estanco y de la cancha de gallos, soportan contentos las fuertes contribuciones que pesan sobre esos templos del juego y de la bebida.

Y es que los hombres viven de su fe, gastan y trabajan para su fe y por su fe se hallan dispuestos a sacrificios y esfuerzos. Y para el caso, lo mismo es creer en Dios que en el demonio, pues con el mismo ardor con que los creyentes en Dios sostienen las iglesias, los creyentes en el diablo sostienen el estanco y el patio de gallos.

Así es que el mal, el verdadero mal, no es sino que nuestra fe se ha desviado; en vez de creer en nosotros mismos, en la voz de nuestra conciencia, en la valía de nuestra acción personal, en la eficacia todopoderosa de nuestra voluntad regida por las leyes divinas que nos imponen la misericordia, creemos en el gobierno, y aceptamos que él piense, quiera y trabaje por nosotros.

Y el resultado de esta abdicación es que allí donde deberían de existir diez escuelas, existe una; donde hacen falta tres

hospitales, gracias si contamos con uno, y donde habría necesidad de muchos hospicios, tenemos en su lugar muchos estancos.

Esto no es atacar al gobierno, ni rechazar su colaboración, sino hacerse cada uno cargo de su deber y de su responsabilidad. Si el Estado ayuda, muy bueno, si no ayuda, no vamos por eso a vivir como bestias. Los hombres, dondequiera que vivan, lo mismo en una capital que en la más oscura y miserable aldea, son hombres y no rebaños. Y deben pensar constantemente en que una ley más alta, más sabia que todas las leyes humanas, les impone el cumplimiento de ciertos deberes, de los cuales nadie puede eximirles, y a cuyo servicio se consagrarán con más devoción y más directamente, aquellos que de la vida tengan un concepto más elevado, aquellos que tengan más fe, aquellos que mejor sepan oír y comprender la voz de Dios.

XIX

Si alguna vez se hizo oír clara y perentoriamente esa voz, fue para encarecer la necesidad en que todos estamos de disipar la ignorancia. El que tiene una luz, dice el Evangelio, póngala, no debajo de un clemín sino sobre el candelero, para que ilu-

mine a todos los de la casa. Y en la ocasión más grave de su vida, ya cuando va a expirar, Jesús declara la irresponsabilidad de los ignorantes: “*Perdónalos porque no saben lo que hacen*”. Así es en verdad: el ignorante no sabe lo que hace, mas no por eso es menos temible. Irresponsable y todo, es nuestro más peligroso enemigo. Su cuenta, aun en un país tan de ayer como el nuestro es ya muy crecida, y sus partidas se han escrito con sangre. Recuérdese, no más, aquella matanza de *veintiuno* en San Miguel; aquel derrocamiento inesperado de uno de nuestros mejores gobernantes: aquellas insurrecciones de los indígenas de Cojutepeque, y más tarde aquellas guerras contra Guatemala, que nadie todavía sabe por qué fueron. Tales sucesos no son posibles sino en pueblos donde la masa predomina, donde la ignorancia es tan grande que los hombres son azuzables como perros bravos; donde a la voz de un temerario, la horda se alza ciega e impulsiva, y sirve devotamente a las peores causas.

Eso los adultos. ¿Y los niños? ¿Hay nada que más interese al bienestar, al buen nombre, a la honradez de un pueblo que el instruir y educar a los niños? ¿No es ya verdad vulgar que cada niño que se deja inculto, es la semilla de un ladrón, de un jugador, de un esbirro, de un asesino? ¿No sabemos todos que

la verdadera posibilidad de regeneración y de progreso de todo pueblo, está en cultivar sus niños mejor que fueron cultivados los que son ahora adultos?

Nosotros los que ya somos viejos o siquiera hemos pasado la medianía de la vida, no tenemos fácil remedio; probablemente continuaremos y acabaremos como somos, malogrando las leyes, los discursos, los programas de gobierno y las mil promesas de enmienda que nos hagamos a nosotros mismos. Ya tenemos los huesos duros y, salvo que hagamos un heroico y tesonero esfuerzo cada uno sobre su propio carácter, moriremos cual hemos vivido: hablando mucho, diciéndonos lindezas, mintiendo con o sin motivo, armando bochinchas y disputándonos el poder y la tesorería. ¡Pobres de nosotros! Ignorantes, que no sabemos lo que hacemos, Dios nos perdonará, y también nos perdonarán nuestros descendientes. Merezcamos siquiera su perdón, abriéndoles un camino mejor que el que nosotros hemos recorrido: instruyámosles, eduquemosles: enseñémosles siquiera a leer y escribir, para que mañana no digan de nosotros con justicia: ¡Ah! si aquellos hombres nos hubieran hecho menos bestias. ¡Ah! si en vez de palacios y fiestas y tantas ametralladoras y tanta literatura mentirosa, hubieran creado en cada aldea, en

cada villorrio, en cada valle, una buena escuela donde hubiéramos aprendido siquiera a leer y escribir! . . .

XX

Si bien lo reflexionamos, nada hay que más pueda inquietarnos que este asunto de los niños. Todo hombre prudente, al hallarse en presencia de un niño, habrá de sentir, no sólo inquietud sino temor; porque, en verdad, ese niño puede ser la causa de que a él se le pidan cuentas muy estrechas. Tomemos, si no, un niño de cinco años, sea quien fuere, que sus padres sean ignorantes o instruidos, buenos o perversos, ricos o pobres. Tal niño, hasta ahora, es un inocente, es una florecita, es lo mejor que existe sobre la tierra. Digamos que sea feo, torpe, enclenque y hasta de visibles malas inclinaciones. Digamos que es hijo del ladrón, o del asesino que expía sus crímenes en la cárcel, o de la prostituta que acaba en el hospital su vida depravada. No por eso el niño es todavía otra cosa que un inocente. No ha matado, no ha robado, no ha calumniado. No es él quien juró perjurando, no es él quien explotó la miseria de su prójimo, no es él quien torturó, quien falló injustamente, quien tira-

nizó a sus compatriotas, quien falsificó la medicina, quien despojó, ni amasó, en fin, su pan con el dolor y la vergüenza ajenos. El está ahí limpio sin pecado, ajeno a la marejada de iniquidades que pasan bajo sus pies, como un ángel en el antro de los leones, que no se atreven a mirarle siquiera. El destino cierne sobre él todos sus misterios, sin que él pueda ni aun sospechar qué habrá para él en las entrañas de aquella nube que se llama el mañana. Está ahí, confiado e inerme, y ni siquiera nos pregunta qué es lo que vamos a hacer con él. Mas abrid los ojos, y veréis que tras de él, una mano desconocida y amenazadora traza el signo de interrogación y os dice: ¿qué haréis con este niño?

Ahora nos toca responder, o prepararnos para la respuesta. No más habrán pasado quince años, menos acaso, y otra vez, más visible y amenazante, veréis aquel signo interrogador que os pregunta: ¿qué hicisteis de aquel niño? En verdad, jamás habrá herido los oídos nuestros pregunta más terrible. Porque ya no será siquiera la voz que dice a Caín: ¿qué has hecho de tu hermano?; sino ésta cien veces más severa y amenazadora, que nos dirá: ¿Qué hiciste de aquel ángel? ¿Qué hiciste de aquella florecita? ¿Qué hiciste de aquel inocente que ignoraba

lo que era el mal, de aquel pajarito que no sabía sino cantar a la aurora y adormecerse con la tarde?

Y tú y yo, nosotros todos, habremos de responder, sin mentira, sin preámbulos, sin embrollos, sin flores de retórica, ni citas de historia, ni interpretación alguna de artículos de códigos, sin enredo alguno de cuantos sirven para evitar la condena: “Hicimos este ladrón, o hicimos este jugador, o hicimos este asesino, o hicimos esta prostituta, o hicimos este verdugo”.

Duro, durísimo trance aquel, y no dudo que trataremos de esquivarlo. Por mí, estoy dispuesto a que nos escondamos en la más oscura caverna, detrás de la roca más inaccesible, en el desierto más desolado, en las entrañas mismas de la tierra, y, si es preciso, en el seno mismo de la muerte.

¡Mas, ay! ¿adónde iremos que aquella voz no nos alcance y aquellos ojos no nos descubran? No, todo será inútil, y habrá que hacerse presente y responder.

¿No es verdad que es cosa terrible esto de tener qué hacer con los niños?

Por eso se dijo: “Bienaventurados los vientres que no concibieron”. Por eso decimos, bienaventurados los hombres que comprendieron la fuerza y la necesidad de aquel precepto

que dice: enseñad a los que no saben; bienaventurados los pueblos donde los que mandan y los que obedecen saben y practican que todo progreso es mentido, toda ley inútil o dañosa, toda institución deleznable, si no se atiende antes a cultivar al hombre; bienaventurados en fin, los que según sus fuerzas y con espíritu sencillo, se aplican a dar a sus prójimos el pan espiritual.